

Carlos Préndez Saldías

## El Pope Julio

(Del libro «Romances de tierra baja», próximo a aparecer)



**C**UERPO recio. Clara estirpe  
y ancestrales devociones,  
en novenas y maitines  
se le fueron años mozos  
sin la sombra de deslices.

En sus éxtasis nocturnos  
hizo versos a la Virgen,  
que era docto en menudencias  
de escritor y en cosas chirles,  
aunque en ritos y liturgias  
le fallaban los latines.

¡Fuera asombro de virtudes  
para herejes que maldicen!

Confesor de manga estrecha,  
fama tuvo de inflexible  
con doncellas sin historias  
y con sabias meretrices.

(Hay dos casos estupendos  
que en romance no se dicen).

Tras de ayunos sin cuaresmas  
y cilicios increíbles  
que dejaron hasta siempre  
sus piadosas cicatrices,  
echó al viento la sotana,  
ya maduros sus abriles,  
con un grito destemplado:  
—¡Vuelvo a ser el hombre libre!

En las plazas del suburbio  
echó a vuelo sus repiques  
contra Dios y las doctrinas  
que da el rico a los humildes,  
y en ciudades y villorrios  
su palabra en onda simple  
fué el escándalo que turba  
paz y amor de los felices.

Está el Pope excomulgado  
por los cánones, y dicen  
que cuando habla se le asoma  
Lucifer en las narices.  
Las mujeres le hacen cruces,  
los rapaces lo persiguen,  
y dan coro a sus reniegos  
los incrédulos por miles.  
Desde púlpitos cristianos  
no hay maldad que no le endilguen  
y ante el pueblo que le escucha  
se defiende y se sonríe:

—Aves negras, sotanudos,  
industriales, mercachifles!—  
Y la turba enloquecida  
alza puños como rifles.  
Cunde el pánico. Se estrechan  
los católicos rediles,  
y el Santiago de ese entonces  
en dos gajos se divide.  
—¡Muera el fraile renegado!  
—¡Viva el Pope de alma libre!

«Teatro Lírico». La gente  
se apretuja por oírle,  
y en lunetas y tablados  
y pasillos hay cerriles  
encontrones, y blasfemias  
de asustar por su calibre.  
—«Yo os lo digo: no es la Iglesia,  
con sus curas y sus príncipes,  
sino un hato de truhanes  
con anhelos mercantiles».—  
Los aplausos ensordecen;  
hay sombreros volantines,  
y el recinto es un infierno  
de quemar y derretirse.  
De repente, un alarido  
y cien llantos mujeriles,  
y un crujir de vigas rotas  
como cuerdas de violines,

y un estrépito que nace  
donde quiera que se mire.  
Veinte heridos, cuatro muertos,  
y otros tantos por morirse.

—Fué benévolo castigo  
de los cielos a su crimen.  
—Una viga azumagada,  
sin quererlo, puede hundirse...

Con la voz amortecida  
por tabacos y jengibres,  
llevó prédica y espantos  
a los últimos confines,  
sin que el tiempo le amainara  
los arrestos moceriles.

Y murió con óleos santos  
y entre coros de latines.